

Secretaría de Prensa

DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,
D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, EN EL ACTO DE
CONMEMORACION DEL QUINTO CENTENARIO

SANTIAGO, 8 de Octubre de 1992.

Amigas y amigos:

Desde tiempos inmemoriales los seres humanos han establecido hitos simbólicos para marcar el tiempo histórico, para detenerse a comprender y revivir el sentido de una trayectoria que define su propia identidad.

Hoy estamos en las vísperas del 12 de Octubre quinientos años después. Quinientos años desde que tres carabelas comandadas por un insigne navegante desembarcaron en las playas de este enorme continente cambiando para siempre la historia de todos, de quienes llegaron y de quienes aquí vivían, la historia de Europa y la historia de América.

Ese acontecimiento marcó nuestra identidad. Por eso hoy día lo recordamos, para comprender lo que hemos sido, como un requisito indispensable para realizar lo que queremos ser como nación, como continente, como cultura.

El 12 de Octubre de 1492 dio inicio a un proceso que afectó de forma muy distinta a quienes desde entonces llegaron y a los pueblos que aquí habitaban.

España y la cultura europea que representaba encontró un mundo nuevo que la obligó a transformar su propia visión, no sólo de la geografía sino del cosmos. El orbis terrarum o Isla de la Tierra, aquel espacio habitado y habitable por el hombre, según la concepción de los antiguos, ya no se limitaba sólo a los tres continentes conocidos —Europa, Asia y Africa—; el océano dejaba de

ser una frontera cósmica. Mas allá de él, había un mundo también habitado por el hombre. Incorporar conceptualmente esta nueva realidad fue difícil para el europeo, que en sus inicios vio en América el espacio de la utopía, un mundo ideal remoto en el espacio y en el tiempo.

Pero en ese momento también surgía una nueva curiosidad por conocer y observar la realidad de acuerdo a métodos empíricos y apoyada por nuevos instrumentos técnicos. Ello había permitido a Colón imaginar este viaje a oriente. Se iniciaba el camino hacia el pensamiento científico moderno. Mito y ciencia se entrelazarían en un acontecimiento que prefiguraba la profunda crisis que vivía Europa en el paso del mundo medieval al moderno.

América obligó a ampliar los horizontes mentales de Europa. Una de sus más importantes contribuciones —de la cual nos sentimos orgullosos herederos— fue dar inicio al derecho internacional moderno, que consagró la autonomía de los estados y los derechos de la persona humana. Los juristas españoles emprendieron una aventura intelectual tan novedosa como la de Colón y tan fundamental para el desarrollo posterior de la humanidad, al forjar el origen de la doctrina de los derechos humanos.

América también significó para Europa el inicio de los grandes imperios oceánicos —el español y portugués—, que transformaron la política internacional y los equilibrios de poderes de naciones estados que comenzaban a configurarse. Transformó su vida económica, profundizando los inicios del capitalismo, acrecentando su industria y su navegación, dándole un impulso enorme al comercio internacional. En fin, América significó para Europa un arranque o una profundización de los fundamentos de la cultura moderna, que en ese entonces recién nacía y que siglos más tarde conquistaría el orbe.

Pero este nuevo mundo para los europeos no era por cierto nuevo. A este lado del Atlántico se habían desarrollado durante siglos importantes culturas que habían recorrido su propio camino religioso, económico, social y cultural. La riqueza de esas culturas no pudo enfrentar, sin embargo, la superioridad militar y tecnológica europea. Fueron los vencidos. Su población fue dramáticamente diezmada, sus formas de vida violentamente transformadas. Su historia ya no sería más una historia local.

Pero la cultura indígena no murió. Siguió viva en su formas tradicionales en algunos espacios de autonomía y dio origen, junto

al conquistador, a una nueva sociedad y a una nueva cultura, hija y heredera del vencedor y del vencido.

América fue un nuevo mundo no porque Europa la gestó, sino porque aquí se mezclaron culturas muy diversas, la europea y la indígena, que forjarían una nueva síntesis, la síntesis mestiza. Si la conquista europea de este continente fue una empresa de hombres, la formación de una nueva sociedad fue fundamentalmente obra de las mujeres indígenas, madres no sólo biológicas del mestizaje, sino que forjadoras de un entrelazamiento cultural marcado por el dolor, pero también por la esperanza.

América es fruto de un esfuerzo gigantesco, original y creativo, de reunión de la diversidad en la unidad. Como escribió Gabriela Mistral: "la festividad mayor del 12 es esta del nuevo cuerpo creado entre Atlántico y Pacífico, y en verdad labrado por los vientos contrarios que soplan de Europa y de Asia; la festividad profunda es esta del tipo de la conciliación, donde las facciones enemigas aceptan ensamblarse y las dos sensibilidades en guerra consienten en vivir juntas".

En el proceso de construcción de esa unidad cultural expresada en el mestizaje, la evangelización y la lengua fueron dos agentes fundamentales. La evangelización logró reconstruir una cosmovisión, un sentido de lo trascendente, fundado en la concepción cristiana de Dios que en varios aspectos recogía anhelos de antiguas creencias y de antiguos dioses. Defendió a los más débiles, les dio un sentido de pertenencia y de identidad, fue un vínculo de unión entre estamentos, castas y razas. Los valores cristianos arraigaron en nuestro continente, modelando nuestra cultura, y perviven con extraordinario vigor.

La unidad se forjó también a través del idioma, principalmente el español. América tenía y continúa manteniendo distintas lenguas nativas. La primera lengua común fue la española, que permitió a esta nueva cultura nombrar y, por tanto, poseer la realidad con una palabra compartida. A través de ella, nuestro continente ha hecho uno de sus más valiosos aportes a la cultura universal. No sólo nos ha comunicado entre nosotros, sino que ha comunicado al mundo quienes somos.

Esta unidad cultural de América es el valor más importante que nos legan nuestros quinientos años de historia, con todos sus dolores y esperanzas. Si hoy volvemos esta mirada hacia el pasado no es para perpetuar polémicas, que podrían fácilmente

transformarnos en estatuas de sal; es para asumir maduramente las raíces de un proceso histórico y su proyecto cultural en marcha en cuyo porvenir creemos.

Las luchas por la Independencia rompieron la unidad política del antiguo imperio español y cada nación emprendió su propio camino hacia la libertad, hacia la democracia y hacia la integración social. Sin embargo, nuestra formación como estados soberanos no rompió nuestra unidad cultural. Ella fue un sueño muy sincero de nuestros padres fundadores, a pesar de que la integración ha sido un proceso con muchos bemoles, que recién hoy se levanta sobre nuevos términos que la hacen más viable y realista, América se ha visto siempre a sí misma como una cultura con fronteras que sobrepasan los estados y que trasciende también su propia geografía continental pues tiene con España y Portugal una unidad dada por la historia compartida.

España, aquella tierra también hija de la diversidad, aquel imperio que aún siendo dominador, fue el único que a través del derecho intentó poner límites a su propio poder, aquella España amada en la colonia y rechazada por los criollos, se ha transformado en nuestra hermana con la cual compartimos lengua y valores, con lo cual hemos recorrido solidariamente nuestro común peregrinaje hacia la libertad y la democracia.

Si nuestra identidad como cultura se define por la integración de la diversidad, por el respeto a la pluralidad en base a la unidad, por la capacidad de elaborar nuevas síntesis que recogen tradiciones que van desde la greco-latina y la judeo cristiana y la árabe hasta la azteca, la inca y la mapuche, entonces este continente tiene un rico bagaje para enfrentar positivamente los problemas de integración que tenemos aún pendientes.

Necesario es decirlo en este momento. El desarrollo de los pueblos indígenas que forman parte de nuestras naciones y que con justicia quieren mantener sus formas propias de vida, es una de las grandes tareas que surge de la reflexión de estos quinientos años de historia. Porque así lo hemos entendido, en la reciente Cumbre celebrada en Madrid en Julio último, los Jefes de Estado ahí reunidos suscribimos un convenio para constituir el Fondo para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas de América Latina y el

Caribe, destinado, precisamente, a apoyar los procesos de autodesarrollo de estos pueblos.

Me es grato informar aquí que hoy he enviado al Congreso Nacional el Mensaje correspondiente para someter a su aprobación este convenio.

Es necesario que los estados nacionales, respetando su sentido de unidad y manteniendo un estado de derecho que garantice la igualdad ante la ley, busquen las formas justas para que las culturas indígenas mantengan un espacio legítimo en la tierra de sus padres. Hoy no resulta posible, como lo fue en el siglo XIX, entender el proceso modernizador como un torrente avasallador de las particularidades culturales. Muy por el contrario, la conciencia contemporánea valora lo que aquellas culturas pueden y deben aportar al conjunto de la sociedad en la que viven y de la que también forman parte.

Si América Latina tiene con sus pueblos indígenas una deuda pendiente, la tiene también y muy fundamentalmente, con los pobres de nuestro continente. La integración social es el desafío más grave y más urgente que enfrentan nuestras naciones.

Hoy día sabemos, con meridiana claridad, que la respuesta no está en las promesas demagógicas del populismo ni del autoritarismo. Sólo la democracia, el crecimiento económico y la equidad social podrán hacer de nuestra unidad cultural un proyecto donde impere la igualdad y la justicia.

América Latina enfrenta hoy el desafío ineludible de integrarse a un mundo planetario y a una economía global altamente competitiva e interdependiente. Si buscamos participar activamente es porque allí reside nuestra gran posibilidad de lograr la integración social en nuestras naciones.

Sin crecimiento económico, sin mayor tecnología, sin mayor educación y oportunidades para nuestros jóvenes, sin un Estado serio y responsable que asuma este desafío a largo plazo, seguiremos perpetuando la pobreza que históricamente ha arrastrado nuestro continente.

En este camino, por el cual nuestro país siente particular vocación, podemos, sin embargo, cometer graves equivocaciones.

Una de ellas, y que no ha estado ausente de nuestra historia pasada, es creer que la integración a un mundo planetario puede ignorar la particularidad de la cultura. Grave error. Los acontecimientos mundiales de estos últimos años nos demuestran su gran relevancia y los graves peligros que entraña ignorarla.

El surgimiento de un mundo planetario nos obliga, por el contrario, a profundizar nuestra identidad cultural, pues si abandonamos esa dimensión de nosotros mismos, nuestra presencia en el mundo será pobre, habremos abandonado los valores que sustentan nuestro sueño y nuestra vida como seres humanos y como pueblo.

Modernización e identidad cultural no pueden ni deben ser términos excluyentes. Necesitamos precisamente hacer de ellos una síntesis sin la cual la historia que intentamos construir carece de sentido. Esa identidad, por cierto, no es estática. También cambia y se enriquece, pero siempre recogiendo y acogiendo la tradición a la cual pertenecemos, la tradición mestiza, hija de la europea y de la indígena, tradición que nació uniendo lo diverso.

Este desafío a que nos convoca el siglo XXI requiere de las fuerzas, de la creatividad y de la voluntad de todos los miembros de la sociedad. No es tarea sólo de empresarios y de trabajadores, de gobernantes, políticos y científicos. Es tarea de nuestra juventud, es tarea de nuestros pueblos indígenas, de nuestros artistas y artesanos, de nuestros intelectuales, de los religiosos y religiosas, de los grupos organizados de hombres y de mujeres que tienen su palabra que decir sobre la sociedad que quieren construir.

Todos estamos llamados a construir un proyecto inacabado, el de una América justa y libre, tierra de la dignidad humana y de la esperanza, hogar de hombres y de mujeres que ansían la paz, respetan la naturaleza, creen en el ser humano y aman la vida. Tenemos una historia que nos respalda, tenemos un futuro para hacerlo.

Gracias.

SANTIAGO, 8 de Octubre de 1992.

MLS/EMS.